



UNIVERSIDAD BÍBLICA  
**LATINOAMERICANA**  
PENSAR • CREAR • ACTUAR

**BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS**  
**BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS**

## **LECTURA COMPLEMENTARIA SESIÓN 13**

# **CTX 101 INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA**

Mora Rodríguez, Arnoldo. “La filosofía latinoamericana en el siglo XX: etapas históricas y rasgos característicos”. En *La filosofía latinoamericana: introducción histórica*, 330-352. San José, C.R.: EUNED, 2006.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

se ve cristalizar en una expresión muy latinoamericana que lo hace diferente de otras interpretaciones de esta filosofía en otras latitudes del mundo y en diversas épocas del siglo XX.

En general, lo que caracteriza la filosofía latinoamericana llegada a su madurez en el siglo XX, es su tendencia a ver todo el quehacer teórico desde el punto de vista ético y, por ende, a hacer de la filosofía una actividad que busca la práctica transformadora de la sociedad cambiando la escala de valores y la conciencia de las personas.

Por otro lado, un nacionalismo de derechas se expresa en las ideologías de los regímenes de seguridad nacional de la década de los setenta y comienzos de los ochenta, pero no tendrá una expresión teórica significativa.

#### La filosofía latinoamericana en el siglo XX: etapas históricas y rasgos característicos

Dentro de este contexto histórico general, podemos situar la filosofía de nuestra y en nuestra América, teniendo en nuestra reflexión, como ha sido la norma en todo este ensayo, la sabia sentencia del maestro mejicano Leopoldo Zea, quien dice que no se debe hablar de “historia de la filosofía” sino más bien, de la “filosofía dentro de la historia”.

Si hemos visto el contexto histórico en sus líneas generales, como corresponde a nuestra investigación, nos corresponde ahora pergeñar algunas reflexiones preliminares en torno a lo que es la filosofía en el seno, al interior o dentro de ese mencionado contexto.

Visto como primera aproximación, desde el punto de vista cualitativo, lo primero que nos impresiona en el siglo XX en la filosofía de

nuestra América, es su crecimiento exponencial, tanto en publicaciones, como en instituciones que se dedican a su enseñanza y por el número de sus cultores. Poco a poco la filosofía se profesionaliza, aparecen revistas especializadas, no solo de la filosofía en general, sino de las diversas ramas de la misma.

El aporte de la filosofía es visto, no solo como útil, sino como necesario en los medios intelectuales en no pocos de los países latinoamericanos. Incluso, los políticos y los partidos de diversos signos ideológicos, ven el aporte de los teóricos como indispensable o, al menos beneficioso, en el caso de que haya coincidencias ideológicas, o como negativo incluso punible en caso de que se considere, según su punto de vista ideológico, como perjudicial su aporte.

En todo caso, y esto es lo importante, el pensamiento filosófico, las ideas que se producen en nuestros propios países y no solo aquellas que provienen de fuera, no pueden ser ignoradas. Pero esto no se logra desde el primer momento. El siglo veinte debe ser visto, no como un conjunto de hechos estáticos, sino como un proceso dinámico, en donde se pasa de una etapa a otra.

Vistas así las cosas, en líneas generales podemos dividir el siglo en dos grandes etapas marcadas por otros eventos de la historia universal, pero cuya repercusión en nuestro medio, también tiene efectos en la producción intelectual y especialmente, filosófica. El siglo XX, cronológicamente hablando, comienza en el año 1900 y con la aparición en el mismo de un ensayo que va a marcar toda una época y será, en lo sucesivo, considerado como el modelo en su género como forma literaria.

Nos referimos al ensayo *Ariel* del uruguayo José Enrique Rodó. Dentro del contexto nacionalista que hemos visto, surge en

Europa una fuerte corriente ideológica de ese cariz y que abarca todas las dimensiones del quehacer cultural, incluido el filosófico y el literario. Concretamente, en el enfrentamiento entre Francia y Alemania que se inicia con la Guerra Francoprusiana y tiene su culminación en la I Guerra Mundial, nuestros países se alinean con Francia por aquello de que se trata de un país latino.

Hay una conciencia de la identidad latinoamericana que surge y se recrudece cuando España celebra por primera vez, el centenario del Descubrimiento en 1892 y el 12 de Octubre como efemérides históricas. Terminada la guerra de independencia con el triunfo libertario de los próceres cubanos en 1898, con lo que el enfrentamiento histórico con la metrópoli colonial deja de ser prioritario y pasa a ser una página de la historia.

Nace, por el contrario, como contradicción radical, el enfrentamiento con el naciente imperialismo norteamericano iniciado con la política del “gran garrote” de Teodoro Roosevelt y su intervención en la Guerra de Cuba. La cuestión de la identidad se vuelve crucial. ¿Quiénes somos? se hace la pregunta por excelencia de nuestra filosofía frente al otro, el Norte que nos niega y se convierte en el nuevo poder imperial que sustituye a los imperios anteriores, España e Inglaterra, quienes nos habían sojuzgado y expoliado hasta ese momento.

Esta primera etapa o primera parte de nuestro siglo culminará con el inicio de la II Guerra Mundial (1914) y nuestra incorporación en la misma como parte de una alianza con los Estados Unidos y de una posición antifascista.

Esta primera etapa de nuestra filosofía en el siglo XX, se caracteriza por el nacionalismo antiimperialista en todo: ideas y

concepciones políticas pero, sobre todo, tiene su culminación en la revolución mejicana y en el surgimiento de la guerrilla con Augusto César Sandino en la Nicaragua ocupada por los marines norteamericanos.

El rasgo dominante en la filosofía es su tendencia al idealismo, que se expresa como espiritualismo en metafísica y antropologismo, es decir, como reacción en contra del positivismo dominante en la última década del siglo anterior y por el nacionalismo en cuanto a la concepción de nuestra identidad latinoamericana.

A nuestra América mestiza se le mira con ojos casi místicos y se le asigna un papel indispensable por no decir mesiánico en el conjunto de naciones del mundo y en la historia universal. Un poco gravita la opinión de que América no es presente, sino futuro, el futuro de la humanidad. Pero como el futuro no se expresa en conceptos que solo versan sobre el presente, se recurre al pensamiento utópico que tiene más de intuición emotiva y más de esperanza y añoranza míticas que de concepto racional y crítico.

Por eso se da énfasis en la dimensión axiológica, en los valores del espíritu. Antagoniza con el materialismo rapante atribuido a los Estados Unidos, se rechaza su mentalidad utilitarista. Por el contrario, se ve en los valores culturales de nuestra América nuestro lado fuerte y nuestra superioridad.

Tales ideas tienen su más elevada y sistematizada expresión en uno de los mayores exponentes filosóficos de la Revolución Mejicana en el pensador José Vasconcelos y su ensayo *La raza cósmica*. Su expresión literaria es el ensayo, y será precisamente México el que produzca los mejores ensayistas, los clásicos, de nuestra literatura, con figuras como Alfonso Reyes, Antonio Caso, José Vasconcelos y más recientemente, Octavio Paz.

De esta manera, el ensayo no es solo el vehículo de nuestras más significativas e influyentes ideas durante ese período, sino que se convierte en un género literario mayor (véase, *El ensayo de Nuestra América*. UNAM, 1993).

Dos hechos van a poner término a este período. El auge del fascismo en el mundo, pero especialmente en Europa, durante la década de los treinta que culmina en el hecho histórico más sangriento de la humanidad, como fue la II Guerra Mundial, el desprestigio del nacionalismo llevado al delirio genocida por los regímenes fascistas como algo nunca antes visto por el hombre y que en nuestra América se manifiesta en las dictaduras oligárquicas, que surgen a partir de la crisis económica de 1929 en toda América Latina, con algunas honrosas excepciones como Costa Rica y México.

Como reacción a estas posiciones fascistoides, nacen y se desarrollan los partidos comunistas apoyados por el naciente régimen soviético. Con ello, las ideas marxistas adquieren derecho de ciudadanía en nuestro medio intelectual y político. Por su parte, la Revolución Mejicana se institucionaliza, es decir, deja de ser revolución y pierde el encanto y embrujo que posee todo movimiento en marcha en la historia; la guerra de Sandino concluye con un desenlace trágico, no solo con el alevoso asesinato del héroe legendario, Augusto César Sandino, sino con la implantación con ayuda norteamericana de la oprobiosa dinastía de los Somoza en el poder.

El acontecimiento que más impacto va a tener en el desarrollo de la filosofía latinoamericana a finales de este período y en las décadas siguientes, es la llegada masiva como hecho nunca antes dado en nuestra historia cultural, de grandes filósofos españoles de

ideología republicana que vienen a nuestras tierras como “trans-terrados” según la afortunada expresión de uno de ellos, José Gaos. Con ellos, la filosofía latinoamericana se “normaliza” como diría Larroyo (1969), es decir, adquiere derechos de ciudadanía en todas las universidades, las corrientes filosóficas se multiplican, se llega por fin a lo que podríamos llamar una conciencia de contemporaneidad somos contemporáneos; de nuestro tiempo, según lo exigía Hegel para una auténtica filosofía.

Al mismo tiempo que nuestra filosofía se abre a todas las influencias y corrientes, escuelas y tendencias del mundo occidental, se da la búsqueda de nuestra identidad, el preguntarse más sistemática y filosóficamente por la identidad de nuestra filosofía y no solo de nuestra América, cosa que ya había sido respondida en las generaciones anteriores en ensayos como los de Martí y Rodó. El debate entre Salazar Bondy y Leopoldo Zea se hace célebre en el mundo de la filosofía contemporánea latinoamericana.

En la década de los cincuenta, es decir, en plena guerra fría que nos incorpora a la geopolítica mundial, se da un hecho singular en nuestra historia y en la historia de la humanidad: el surgimiento de una revolución socialista y la consolidación del primer régimen político estable de carácter antiimperialista en Cuba (1959).

En la década de los setenta se dan en el campo cultural tres hechos que igualmente ponen a nuestra América en el mapa del mundo de las ideas y de la cultura: el auge de la narrativa hispanoamericana que hace de nuestras letras las mejores del mundo, el desarrollo de la sociología de la dependencia como nuevo enfoque epistemológico y político de las ciencias sociales y la teo-

logía de la liberación que culmina con Enrique Dussel en una filosofía de la liberación. Con la normalización de nuestra filosofía y la extensión del idioma castellano, gracias a los hablantes de América, como segunda lengua de Occidente y una de las cuatro o cinco más habladas del mundo, se multiplican los estudios sobre nuestra cultura en todos los centros de investigación y universitarios del mundo.

El recorrido por la historia de la filosofía en América Latina culmina con aquellos filósofos que profesionalmente se especializan en historia de la filosofía o “de las ideas” de nuestra América.

Pero aquí estamos en algo más que en el final de un siglo. Lo visualizamos más bien como el final de una época que avizora el advenimiento más pronto de lo imaginado, de otra nueva, en donde este vasto movimiento de ideas, esta hermosa tradición del pensar filosófico en tierras y culturas del Nuevo Mundo, tendrá ante sí nuevos retos, pero igualmente se le abrirán, sin duda, también nuevas perspectivas.

Sin embargo, si bien miramos este siglo, que termina y que ha visto madurar el pensamiento filosófico y florecer con multitud de corrientes y centenares de cultores que han logrado reconocimiento mundial, se enmarca en dos períodos bien diferenciados pero no enteramente divorciados: finales de la década de los treinta y, en particular, con la llegada de la oleada de espléndidos filósofos republicanos españoles, se marca una especie de línea del Ecuador que separa los dos hemisferios; pero se trata de dos partes de una misma unidad, de un mismo todo.

El salto que representó nuestra toma de conciencia de nuestro yo colectivo desde 1900 y que se consolidó con tres décadas

de nacionalismo, significó un salto cualitativo en nuestra conciencia. El incremento que significó la llegada de filósofos españoles, no hizo sino profundizar esa conciencia de identidad, ese sujeto histórico que había germinado frente a la brutal negación que representó la irrupción del imperialismo norteamericano en nuestra historia.

Es por eso que, desde el punto de vista de la configuración de una corriente filosófica, de la constitución de una tendencia filosófica continental, podemos ver igualmente lazos en uno y otro período. Más intuitivo y emotivo, más existencial y vital el primero, sobre todo, con la única de las dos corrientes más representativas de esta primera década del siglo que son, por un lado el nacionalismo, y por el otro, la crisis del positivismo decimonónico y su sustitución por corrientes espiritualistas y metafísicas, son las dos caras de una misma realidad: la exterior y politizada, por un lado, que se da en las expresiones ideológicas del nacionalismo, y la intimista y subjetiva más moralizante por otro, que se da en las corrientes espiritualistas. Son dos caras de una misma realidad, de un mismo mundo filosófico.

Pero ambos no son sino la expresión de esa experiencia existencial, como diría la filosofía fenomenológica, de esa intuición primigenia en el sentido bergsoniano de la palabra, de una construcción filosófica que no muestra su cara sino en la segunda mitad del siglo.

Una parte suministrará la vida, la intuición, la experiencia existencial, la otra su sustentación racional, su sistematización y, sobre todo, su justificación racional. Raíz y tronco la primera, ramos frondosos y frutos la segunda, ambas son parte del mismo y fecundo árbol de la filosofía latinoamericana en este siglo XX.

La llegada de los españoles dio plena ciudadanía, y llevó a mayoría de edad lo intuitivo vitalmente en la primera mitad del siglo, nos ofreció ese instrumental formal, ese lenguaje técnico que el pensamiento europeo ha acumulado después de veinticinco siglos de tradición filosófica. El contacto, gracias a la traducción y difusión de libros de filosofía de otras latitudes, lenguas y culturas ha ampliado los horizontes, consolidado las tendencias, sin por ello perder en la mayoría de los casos nuestra voluntad de ser creativos y originales, de fundar un pensamiento propio.

El diálogo y el enfrentamiento críticos con otras filosofías nacionales, lejos de enajenar nuestra conciencia, han suministrado el necesario diálogo y la confrontación crítica sin la cual no hay avance en el pensamiento y en la ciencia en general. Como saber formal, la filosofía como toda ciencia y como todo arte que llega a mayoría de edad, no tiene patria ni edad, pero como contenido sí acusa una innumerada variedad, tanto en razón de la circunstancia temporal, como espacial o geográfica, cultural como lingüística.

Dos etapas de un mismo proceso, dos períodos en el desarrollo de una misma vida, dos hemisferios de un mismo continente, dos etapas de un mismo siglo de filosofía, eso es lo que a continuación veremos en sus perfectas expresiones, en su impresionante riqueza creativa, si bien, como no está de más recordarlo no serán exhaustivos. Como en toda esta obra, hemos hecho una selección de autores y corrientes que nos parecen más significativos, teniendo en cuenta no criterios personales o subjetivos, como serían el gusto o las propias ideas del autor, sino el criterio objetivo que nos lo da la historia. Esto es, hemos seguido a escuelas, corrientes y autores que nos parecen tuvieron mayor influencia en su tiempo y en la posteridad, o han sido más

originales y más significativos y duraderos. Aún así, no ocultamos que siempre hay una dosis de subjetividad en toda escogencia. Osamos, sin embargo, creer que lo mostrado aquí es lo suficientemente amplio y variado como para dar una muestra realmente representativa de lo que ha sido la exuberante vida filosófica de nuestra América durante este siglo que acaba de terminar.

### El nacionalismo antiimperialista o latinoamericanismo

No podemos adelantarnos en la exposición de los más connotados representantes de esta corriente que, más que una escuela, es una atmósfera intelectual y cultural que abarca todas las esferas del pensar y del quehacer histórico de este período, sin hacer una anotación respecto del término “nacionalismo”.

Si nos atenemos a la palabra misma y a su significado común, por nacionalismo se entiende una corriente ideológica que expresa, tanto un pensamiento, como una sensibilidad en todas las manifestaciones del arte, tanto en la política como en las costumbres de la vida cotidiana que están ligadas y expresan lo que se capta como cultura en un país determinado, con fronteras y sistemas políticos muy definidos y que lo distingue de otros países.

Pero aquí, como es obvio, no hablamos de país por país sino de toda una región continental unida por una misma tradición histórica, por una misma base étnica fundamental, el mestizaje, por dos lenguas muy semejantes, el español y el portugués. No se trata de un país, sino de un conjunto numeroso de países, de una región geográfica y cultural muy definida.

Es por eso que el título de la obra señala y que en el recorrido de la historia de la filosofía latinoamericana hemos constatado sin solución de continuidad de un país a otro, de una región a la otra, el nacionalismo es aquí sinónimo de latinoamericanismo, que lo hace ser más una ideología política si la entendemos como contrapuesta al panamericanismo como ideología imperialista de los gobiernos norteamericanos para impulsar y hacer realidad la doctrina Monroe de 1823: que ya no se dirige de parte de los norteamericanos a los europeos que pretendían recuperar las colonias perdidas por la metrópoli española, sino someter bajo sus dictados los intereses del Norte a la América del Sur del Río Bravo.

Los autores que estudiaremos, por esta razón, no se referirán a Europa, a la que admiran incluso como modelo al menos en los valores culturales, sino a los Estados Unidos a quienes, contrario a lo que pensaba Sarmiento, definen como a los bárbaros. Se elabora una filosofía de la historia, se expresa un pensamiento no con fines especulativos sino con fines prácticos, de modo que los ensayos son también pronunciamientos.

Esta corriente de pensamiento recurre a la lengua del retórico básica para la acción, no solo como una justificación doctrinal y filosófica, sino también como un llamado e interpelación a la conciencia, una invitación a la acción, un recurso a los sentimientos y una invitación para la voluntad. América Latina, término que habiendo tenido un origen francés a principios del siglo XIX y habiendo sido generalizado por el pensador y político chileno Bilbao a mediados del siglo XIX, adquiere ahora un uso universal y se impone como consigna frente a la América del Norte, la América anglosajona.

Quien lanza esta corriente y abre las compuertas de esos nuevos horizontes, intelectuales y políticos después de Martí, es:

*José Enrique Rodó* (1917)

Intelectual uruguayo que se inserta dentro de la corriente estilística del modernismo, creador del género ensayístico en su forma que definitivamente va a imponerse en todo el siglo. Es en el año mismo 1900 que publica su célebre ensayo *Ariel*, que va a convertirse por sí solo en una corriente de pensamiento y en un estilo literario: el arielismo, que será asumido por las vanguardias del pensamiento y de las letras durante las siguientes décadas hasta el punto de convertirse en el clásico por excelencia del ensayo latinoamericano.

Partiendo de una obra de la literatura universal como es *La tempestad* de W. Shakespeare, Rodó contrapone la barbarie a la civilización de que habla Sarmiento, pero haciéndola a la inversa: son los norteamericanos los bárbaros, somos los latinoamericanos y los latinos de Europa y, en general, la cultura europea, la civilización sin más. Rodó tiene el mérito de no considerar más a España como un enemigo. Ya los tiempos de las luchas libertarias, incluso las de Cuba y Puerto Rico, han terminado.

Más aún, el hecho de ser latinos nos hace sin más herederos de la cultura europea, de Grecia y Roma hasta nuestros días al igual que de la tradición cultural del cristianismo occidental. Hablamos una lengua latina, tenemos una cultura latina. Por ende, toda la herencia filosófica y cultural de Europa nos pertenece por igual. Somos jóvenes por el empuje de nuestro dinamismo, por los ideales y sueños, por nuestra utopía latinoamericana.

Pero tenemos una herencia de siglos que debemos hacer nuestra conscientemente ya que la tenemos por herencia histórica. Rodó es un intelectual de clase media, para el cual la cultura sin más es la europea. No hay en él interés ni siquiera hace mención

sobre la herencia cultural indígena, ni sobre todas las tradiciones culturales no europeas, tales como la afroamericana, quizás por pertenecer a un país donde estas tradiciones no son significativas en su historia cultural ni en su identidad nacional.

Esto lo llevará a ser una figura en la vida cultural y política de su país e, incluso, peregrinar por Europa donde encontrará a una edad prematura, su muerte.

Hoy hay otro adversario, hoy hay otro enemigo que lo es no solo desde el punto de vista político sino, ante todo, cultural. Rodó no mira a los Estados Unidos, tanto como potencia imperialista desde el punto de vista económico, político o militar, quizás en razón de la lejanía geográfica en su patria Uruguay, sino desde el punto de vista cultural. Rodó descubre un nuevo interlocutor al cual dirigirse: la juventud. Otro acierto que será asumido por muchos otros intelectuales igualmente antiimperialistas durante las épocas siguientes. No se dirige al pueblo, sino a los sectores intelectuales y de cultura superior, a universitarios y jóvenes profesionales de clase media, lo cual denota que este país ya tiene un alto nivel de alfabetización y de lectores.

Rodó nos considera como “latinos”, nos hace herederos de toda la cultura latina, la más antigua de Europa, de Occidente, cuna de Occidente. La referencia a la cultura anglosajona excluye a Inglaterra y solo la aplica a los Estados Unidos, lo cual denota que no se trata de un enfoque étnico ni racial, sino ideológico y cultural, político y práctico. Su propósito es devolver la conciencia de su propia dignidad a nuestro pueblo en razón de valores espirituales o culturales. Un orgullo que nos sirve en vez de las armas, el dinero. Por el contrario, es nuestra sensibilidad la que nos da la autoestima.

Otro de los aciertos de Rodó y una de las razones de la popularidad que de inmediato y en forma permanente ha tenido su ensayo *Ariel*, ha sido su final que consiste en una exhortación directa a la juventud de nuestra América. Este llamado fue escuchado por varias generaciones que se sintieron interpeladas y motivadas a la acción por estas elocuentes y vehementes palabras. Las transcribo aquí:

Aun más que para mi palabra, yo exijo de vosotros un dulce e indeleble recuerdo para mi estatua de Ariel. Yo quiero que la imagen leve y graciosa de este bronce se imprima desde ahora en la más segura intimidad de vuestro espíritu...

Pueda la imagen de este bronce –troquelados vuestros corazones con ella– desempeñar en vuestras vidas el mismo inaparente pero decisivo papel. Pueda ella, en las horas sin luz, del desaliento, reanimar en vuestra conciencia el entusiasmo por el ideal vacilante, devolver a vuestro corazón el calor de la esperanza perdida. Afirmado primero en el baluarte de vuestra vida interior, Ariel se lanzará desde allí a la conquista de las almas. Yo le veo, en el porvenir sonriéndose con gratitud, desde lo alto, al sumergirse en la sombra vuestro espíritu. Yo creo en vuestra voluntad, en vuestro esfuerzo; y más aun, en los de aquellos a quienes daréis la vida y transmitiréis vuestra obra. Yo sé lo que es embriagarse con el sueño del día en que las cosas reales harán pensar que la cordillera que se yergue sobre el suelo de América ha sido tallada para ser el pedestal definitivo de esta estatua, para ser el ara inmutable de su veneración! (p. 58).

La repercusión del mensaje rodosiano fue inmediata y abarcó de punta a punta todo el continente. Quien mejor supo asumir su espíritu y tuvo un talento literario y una trayectoria intelectual semejante al del maestro uruguayo, fue el dominicano

*Pedro Henríquez Ureña (+1945)*

Recorre con sus enseñanzas y sus publicaciones el continente entero. En ninguna parte se siente extranjero y en todas deja una huella indeleble. Sus preocupaciones se caracterizan por dar un perfil propio a nuestra América, darnos una identidad, hacer conciencia sobre nuestra América misma.

Henríquez es también un maestro del ensayo. Pero su preocupación por la identidad latinoamericana abarca las ideas filosóficas, como las obras literarias, tanto en el campo político como en la emancipación intelectual. Admira México por la afirmación de su cultura autóctona tanto como por su revolución. Ambos sirven de ejemplo e inspiración para los otros pueblos de América que ve como una comunidad de naciones con un destino histórico, político y cultural comunes.

Estas son sus palabras:

Al hablar de México como país de cultura autóctona, no pretendo aislarlo en América; creo que en mayor o menor grado, toda nuestra América tiene parecidos caracteres, aunque no toda ella alcance la riqueza de las tradiciones mejicanas. Cuatro siglos de vida hispánica han dado a Nuestra América rasgos que la distinguen...

La unidad de su historia, la unidad de propósitos en la vida política y en la intelectual, hacen de Nuestra América una entidad, una *magna patria*, una agrupación de pueblos destinados a unirse cada día más y más. Si conserváramos aquella infantil audacia con que nuestros antepasados llamaban Atenas a cualquier ciudad de América, no vacilaría yo en compararnos con los pueblos políticamente disgregados pero espiritualmente

unidos, de la Grecia clásica y la Italia del Renacimiento. Pero sí me atreveré a compararnos con ellos para que aprendamos, de su ejemplo, que la desunión es el desastre (p. 268).

Las circunstancias políticas, inspiradas sobre todo por la Revolución Mejicana, una revolución agraria y nacionalista por excelencia, y las luchas guerrilleras contra las invasiones de marines en la Cuenca del Caribe, llevan a una radicalización, desde el punto de vista político, de la tradición arielista, porque la política puede ser acción y puede ser utopía.

De hecho cuando de ideologías revolucionarias se trata, es ambas cosas. Como acción es, ante todo, proyecto de futuro, denuncia contra una situación considerada intolerable, organización partidaria. Como utopía, es un proyecto de construcción de un futuro que realice todos los sueños de los pueblos, tanto en los americanos, como en los otros, tanto en lo conceptual como en lo artístico.

Esto, sobre todo, es frecuente en aquellos momentos y pueblos que han realizado una gesta revolucionaria, que han despertado a la historia tomando en sus manos su destino y construyendo una etapa nueva en su vida como nación.

Dos figuras de nuestra historia política y cultural representan en esta década de la primera parte del siglo XX, tales concepciones. Como representante de la corriente política activa y militante de un latinoamericanismo que hará historia y que en su país mantiene plena vigencia, pues sigue siendo uno de los movimientos políticos e ideológicos mayoritarios del Perú. Me refiero al APRA y a su fundador, Víctor Raúl Haya de la Torre.

Por otro lado, el representante del utopismo latinoamericanista, político activo y organizador de la educación en todos sus niveles en el régimen posterior a la Revolución Mejicana, es el gran ensayista y pensador José Vasconcelos. De ambo nos ocuparemos a continuación.

*José Vasconcelos (+1959)*

Pensador e ideólogo de la Revolución Mejicana, fue también ministro de educación y, en calidad de tal, el gran reorganizador del sistema educativo de su país luego de las convulsas décadas de caos y revolución. Su pensamiento es más bien una filosofía de la historia dividida en las clásicas tres partes o períodos: El material o guerrero, el intelectual o político y, finalmente, en el futuro y al cual debemos dedicarnos a construir como latinoamericanos, el estético o espiritual.

Vasconcelos sostiene que es algo así como el Zaratustra de Nietzsche, el profeta y heraldo del hombre del futuro, del hombre estético. Se refiere a este hombre utópico o estético del futuro con la ambigua expresión de “raza”, en su célebre ensayo que, en no poco, nos recuerda la tradición rodosiana, y que se titula *La raza cósmica*.

Vasconcelos es un soñador, a veces un tanto extravagante, pero de una gran sinceridad y de ineludible sentido latinoamericanista utópico. Su nacionalismo es a veces exacerbado, hasta el punto de que su concepción del hombre latinoamericano del futuro no solo reviste caracteres mesiánicos, sino, incluso, raciales que lo llevan a veleidades al final de su vida un tanto ambiguas hacia los vientos fascistas entonces vigentes en Europa y que tuvo, por desgracia, no pocos adeptos en nuestra América.

Sin embargo, su ensayo *La raza cósmica* sigue siendo un clásico, del cual extraemos el siguiente texto:

Una carencia de pensamiento creador y un exceso de afán crítico, que por cierto, tomamos prestado de otras culturas, nos lleva a discusiones estériles, en las que tan pronto reniega como se afirma la comunidad de nuestras aspiraciones... Nosotros no seremos grandes mientras el español de la América no se sienta tan español como los hijos de España. Lo cual no impide que seamos distintos cada vez que sea necesario, pero sin apartarnos de la más alta misión común. Así es menester que procedamos, si hemos de lograr que la cultura ibérica acabe de dar todos sus frutos, si hemos de impedir que en la América triunfe sin oposición la cultura sajona. Inútil es imaginar otras soluciones. La civilización no se improvisa ni se trunca, ni puede hacerse a partir del papel de una constitución política; se deriva siempre de una larga, de una secular preparación y depuración de elementos que se transmiten y se combinan desde los comienzos de la Historia... es necesario remontarlo a su fuente hispánica y educarlo en las enseñanzas que deberíamos derivar de las derrotas, que son también nuestras, de las derrotas de la Invencible y de Trafalgar. Si nuestro patriotismo no se identifica con las diversas etapas del viejo conflicto de latinos y sajones, jamás lograremos que sobrepase los caracteres de un regionalismo sin aliento universal, y lo veremos fatalmente degenerar en estrechez y miopía de campanario y en inercia imponente de molusco que se apega a su roca (p. 15).

*Víctor Raúl Haya de la Torre* (1979)

Fue, ante todo, un activista político que vivió en el exilio recorriendo toda Nuestra América predicando su antiimperialismo populista y socializante. Pero con un innegable fondo naciona-

lista patriótico dando a la población indígena, numerosa en todo el altiplano andino un lugar protagónico en la construcción del destino histórico de la nación. Su programa ideológico lo resume Larroyo (1969) en estos términos: “Combatir el imperialismo, forjar la unidad política de *Indoamérica*, socializar progresivamente los medios de producción, internacionalizar el Canal de Panamá y buscar la solidaridad mundial de los oprimidos” (p. 144).

Sus ideas están claramente expresadas cuando comenta como en el siguiente texto, el porqué él prefiere llamar a nuestra América con el apelativo de *Indoamérica*:

(La expresión *Indoamérica*) envuelve y sintetiza, como queda dicho, a todas las demás: Indio fue llamado este Continente durante tres siglos por nuestros conquistadores, y América es nombre tan europeo como nuestro...Y el vocablo *Indoamérica* que-repitámoslo –es de todos modos de origen ibérico y -reiterémoslo– es por tanto, de extracción latina, al mismo tiempo que conserva la poética denominación del Descubridor, y de su primer defensor, Las Casas, amén la que usaron las instituciones básicas de virreinato, supera esos valores alusivos con el sentido moderno del Indio y de Nuestra América que va transformándose y definiéndose en el crisol de una nueva raza y de una nueva cultura. No nos avergoncemos, pues, de llamarnos indoamericanos! Reconozcamos que en el corazón de nuestro continente, como en el corazón de cada uno de sus habitantes, está el Indio y ha de influir en nosotros aunque se perdiera la epidermis y el sol se negara a retostarla. Porque está viva lo que Arciniegas llama bellamente “la negación agazapada”, y ella ha de aflorar en plenitud de sus valores vitales algún día (UNAM, Vol. II, p. 920).

Como hemos dicho, el espíritu arielista henchido de nacionalismo antiimperialista, de culto a la patria y a los valores superiores que unen belleza literaria y compromiso militante en lo político, cundió en todos los rincones de nuestro Continente. En la década de los veinte y los treinta, si una región se ve en crisis política, tanto dentro por la dictadura, como fuera por la presencia e intervención de los militares criollos y de los marines, son las pequeñas repúblicas centroamericanas dominadas, por lo demás, por los intereses de la United Fruit Company, que era el poder detrás del trono.

El único país que logra mantener un régimen democrático liberal y con estabilidad política, lo mismo que un importante nivel de alfabetización, es Costa Rica. Por eso no nos ha de extrañar que de allí surjan voces calificadas pero que tienen resonancia internacional y que son un eco creativo y vivo del espíritu arielista.

Dos nombres merecen mención, a saber, un maestro que casi nunca salió del país, excepto en su juventud para recibir formación universitaria en Chile, pero que fue un gran difusor de cultura en su país. Me refiero a don Joaquín García Monge, cuya revista *Repertorio Americano* fue considerada la mejor en su género en habla española durante cuatro décadas ininterrumpidamente, que se inician en 1919 y culminan a finales de 1958, incluidos los duros años de la II Guerra Mundial, la posguerra y la Guerra Civil de Costa Rica (1948) y los dos años de Gobierno de facto que le siguieron.

Don Joaquín es considerado el más influyente intelectual de la historia de Costa Rica, tanto por su labor de difusor cultural, co-

mo por sus escritos y su labor docente. Fue igualmente, una figura pública, pues, aunque por breve tiempo, desempeñó el puesto de Ministro de Educación.

El otro autor que mencionaremos fue Vicente Sáenz que, contrario a don Joaquín, vivió y realizó la mayor parte de su actividad intelectual y política fuera de Costa Rica, concretamente, en Méjico, en el México posrevolucionario. Aunque, tanto don Joaquín, como don Vicente, fueron de ideas socializantes; don Vicente lo fue más militantemente e, incluso, fundó un partido socialista y de formación marxista explícita. Ambos tienen una significativa influencia en la época, pero de manera particular don Joaquín sigue teniendo una repercusión en su país, hasta el punto de ser considerado un clásico del humanismo y un maestro ejemplar, lo mismo que un clásico de las letras nacionales.

Debemos mencionar a cada uno por separado.

### *Joaquín García Monge (+1958)*

Su figura intelectual y humanista domina toda la primera mitad del siglo XX en su país. Es el intelectual costarricense más reconocido fuera de la propia patria hasta el punto de que, como escritor y pensador, es una referencia obligada. Reorienta el latinoamericanismo antiimperialista y patriótico y democrático en su voz, la más elevada en su país. De sus palabras ante el Monumento Nacional extraemos el siguiente texto:

Lo erigieron (el Monumento Nacional) los mayores para enseñarnos cómo se defienden con fiereza el suelo nativo, que da el sustento y la libertad; cómo es bueno morir, y se sabe morir sin cobardía, por causas dignas, cuando la injusticia y la opresión amenazan al decoro de la Patria; cómo pelean con audacia los

pueblos que quieren darse patria, patria grande, y libertad; no en el aislamiento sino juntos, unos en la hora del peligro, unos en la esperanza y los regocijos, unos en las tendencias hacia ulteriores y más halagüeñas realidades. Ayer los cinco pueblos de Centro América, mañana todos los del Continente hispano; porque vamos hacia la América una, según la trayectoria espiritual que los humanos y videntes de estas patrias no han descrito y que solo cierta ceguera nos impide verla. Con lo que también quisieron enseñarnos que la patria es obra de concordia, de cooperación y simpatía, que los hijos unidos hacen la patria superior como los buenos la soñaron. Con lo cual también quisieron decirnos que las guerras intestinas conspiran contra la integridad moral y territorial de la Patria y celebren por la puerta a los extraños, que se aprovechan de nuestras debilidades y rencores; que nada es más funesto para la comunidad que las oligarquías vanidosas y ambiciosillas que convierten el gobierno en un bien privado y no en lo que debe ser, un bien público, y anteponen sus egoísmos repugnantes y sin escrúpulos a la suerte misma de la patria (*Obras escogidas*. p. 205).

### *Vicente Sáenz (+1969)*

Ideólogo de la izquierda antiimperialista y activista revolucionario en toda la región de México y Centroamérica, fue igualmente excelente como ensayista y pensador, maestro y difusor de cultura. De su pluma extraemos este breve texto:

Se advierte el hervor así que hay en América. Y cuando eso estalle... se trata de defender la decencia, el decoro, el espíritu de libertad y democracia de nuestros pueblos. Se trata de Independencia y de soberanía lisa y llanamente, de un hondo clamor que viene de siglos. Y de intelectuales responsables, de senadores, diputados, sindicatos obreros, tribunos, artis-

tas, en fin, que ven la realidad y hacen esfuerzos para superarla, allí donde la rapacidad y el entreguismo, el cuartel y el machete se impusieron a la inteligencia...

Hispanoamérica solo puede superarse con hispanoamericanismo. En términos más claros, con lealtad a lo propio nuestro; sino enfrentar la que hemos alcanzado de democracia; con muchos dolores y quebrantos, a la engañosa democracia mundial; sin sacrificar lo que ya tenemos de libertad, por la libertad de otros; sin permitir que nuestras riquezas potenciales se conviertan en lucro del succionador nativo o extranjero. Es cuestión de conservar y de mejorar, en suma, un doble patrimonio: el espiritual y el material. Así salvamos nuestra cultura y elevamos, si quiera en nutrición e higiene, el pavoroso nivel de vida de inmensas mayorías desposeídas (*Ensayos escogidos*. p. 155).

#### La filosofía académica: del positivismo al espiritualismo

Los inicios del siglo representan la época en que se da plena autoafirmación de nuestra independencia intelectual. Se da un fenómeno de emancipación intelectual con la consolidación del Estado Nacional y, con ello, la necesidad que tienen nuestras nacientes nacionalidades de consolidarse, tanto individualmente, es decir, cada nación, como en el conjunto de naciones que constituyen el bloque continental de nuestra América. Las universidades y todo el sistema educativo en todos sus niveles, lo mismo que el desarrollo de la “religión civil”, es decir, el conjunto del imaginario colectivo (efemérides patrias, símbolos patrios, etc.) requieren de una labor intelectual que urge en nuestra historia, elaborar textos escolares y manuales para consumo didáctico, difundir un pensamiento propio a través de publicaciones periódicas y promover el debate de ideas como experiencia de un régimen de libertades públicas.